



Mensaje a los Sacerdotes

Querido hermano sacerdote:

En el año del bicentenario del nacimiento de San Antonio M^a Claret, la fiesta de Pentecostés tiene un especial significado para todos los que formamos parte de la familia claretiana: el agradecimiento por la fecundidad de la misión en estos doscientos años y la renovación de nuestro ser misionero. Queremos animarte a preparar y a vivir con ilusión esta fiesta del Espíritu, en la misión compartida que nos une a muchos laicos y laicas, sin los cuales nuestra acción misionera sería imposible.

Te ofrecemos una serie de materiales para ayudarte a preparar esta fiesta: vigilia, homilía, testimonios, hoja litúrgica, reunión con una comunidad seglar... Utiliza aquello que te pueda servir, adapta lo que creas oportuno, quita, pon, cambia..., pero prepáralo con mimo e ilusión, no es una fiesta cualquiera.

Destacamos algunas de las palabras que la Comisión Episcopal del Apostolado Seglar nos dirige para la jornada de hoy:

La presencia del Señor resucitado en medio de su Iglesia y la constante acción del Espíritu nos invitan a poner los ojos en el futuro, a remar mar adentro y a trabajar con esperanza. Por todo ello, debemos comenzar dando gracias a Dios por los grandes esfuerzos e iniciativas que se han llevado a cabo en todas las diócesis españolas, durante los últimos años, para hacer posible la formación de un laicado adulto en la fe y consciente de su vocación. Tal vez, en algunos casos, esta formación aún no ha dado los frutos esperados y apetecidos.

Al mismo tiempo que damos gracias a Dios, deberíamos hacer un esfuerzo por revisar los procesos de formación cristiana que estamos llevando a cabo en estos momentos con la mejor voluntad, pero tal vez sin el necesario discernimiento. En ocasiones, se ha formado a los miembros de nuestras comunidades para impartir catequesis, para la preparación de las celebraciones litúrgicas, para impulsar la actividad caritativa y social, pero no se ha formado para hacer cristianos adultos en la fe, enamorados de Jesucristo y de su Iglesia y convencidos de la dimensión secular de la vocación laical.

De este modo se ha dado prioridad al «hacer» sobre el «ser» y se han formado personas que saben realizar actividades en el ámbito de la comunidad cristiana, pero que no tienen sólidamente afirmadas las convicciones y las motivaciones cristianas por las que deben realizar todas esas actividades.

Teniendo esto en cuenta, y escuchando la voz de Dios desde la realidad descrita, estaremos de acuerdo en que es muy urgente emprender una formación cristiana integral de los miembros de nuestras comunidades y de los alejados de la Iglesia, para que descubran su vocación, reaviven su pertenencia a la comunidad cristiana y se conviertan en evangelizadores.

Es un día para mostrar a los laicos la belleza de su Apostolado Seglar. Para mostrarles la necesidad de las tareas eclesiales que desempeñan como catequesis, liturgia..., y para mostrarles que es imprescindible que evangelicen en el entramado propiamente secular: social, laboral, económico, cultural, político,... donde se desarrolla la vida cotidiana de la inmensa mayoría de los hombres y mujeres. Anímales a renovar su vocación, quíeales y que el Corazón de María anime también tu ministerio sacerdotal.

Muchas gracias por tu dedicación y entrega.

¡Feliz fiesta de Pentecostés! justicia, amor y verdad.



Equipo de Formación de Agentes Laicos – Bética
Equipo Laicos Familia-Santiago



HOMILIA

Sin Espíritu Santo no hay Iglesia de Jesús. Los cristianos no podemos creer en Jesús e incluso, decir "Jesús es Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Sin el Espíritu, Santo, Dios es una idea, la Iglesia una gran estructura, el Evangelio un relato primitivo, la liturgia se convierte en rúbrica, la oración en fórmula interesada, los sacramentos en fiesta de sociedad, la predicación en lección aprendida, la catequesis en letra muerta, la caridad en paternalismo... Pero con el Espíritu Santo, Dios se hace sopro vivificante, Cristo es presencia permanente en la Iglesia, el Evangelio es buena noticia, la liturgia salvación actualizada, la oración expresión de amor, los sacramentos ríos de gracia, la predicación palabra liberadora, la catequesis palabra encarnada, la caridad toque del gran Amor...

Quien nos une en comunión de vida es el Espíritu, quien nos inunda de amor y nos hace hijos del Padre es el Espíritu y quien nos capacita para la evangelización es el Espíritu. Jesús nos envía, pero también es verdad que, aunque «el Espíritu sopla donde quiere» y abre sorprendentes caminos de futuro, resulta necesario que toda la Iglesia se una en la oración al Espíritu y adopte la postura de la mayor disponibilidad para acoger su presencia y dejarse iluminar, animar e impulsar por Él.

Un aspecto fundamental del mensaje del Concilio Vaticano II es el reconocimiento del ser y lugar de los laicos en la Iglesia y de su misión evangelizadora. El laico, por la sola razón de ser cristiano, ha de asumir y tomar conciencia tanto de su identidad cristiana como de su misión evangelizadora. Ha de prepararse, formarse –estar en forma– para poder vivir como discípulo de Jesús en el medio ambiente cultural y social actual y para ser testigo significativo del Evangelio. Ha de saber programar y efectuar su acción evangelizadora en diálogo –y no en actitud negativa o globalmente condenatoria– con los hombres y mujeres de hoy y, especialmente, encarnándose en el mundo de los empobrecidos.

El evangelio de Juan que hemos proclamado se nos presentan dos escenas opuestas. En primer lugar, los discípulos encerrados en una casa, llenos de miedo y al anochecer. En segundo lugar, la presencia de Jesús que les comunica la paz, les muestra sus heridas como signo de su presencia real, se llenan de alegría y Jesús les comunica el Espíritu que los cualifica para la misión. El miedo, la oscuridad y el encerramiento de «la casa interior» se transforman con la presencia de Jesús en paz, alegría y envío misionero. Son signos tangibles de la acción misteriosa y transformante del Espíritu en el interior del creyente y de la comunidad. Resurrección, ascensión, irrupción del Espíritu y misión eclesial aparecen aquí íntimamente articuladas. No son momentos aislados sino simultáneos, progresivos y dinamizadores en la comunidad creyente.

Jesús cumple sus promesas. Les ha prometido a sus discípulos que pronto regresará, que nos les dejará solos. Les ha dicho que el Espíritu Santo de Dios les asistirá para que entiendan todo lo que él les ha anunciado. Así lo hace. Ahora les comunica el Espíritu que todo lo crea y lo hace nuevo. Jesús sopla sobre ellos como Dios sopló para crear al ser humano. Ellos son las personas nuevas de la creación restaurada por la entrega amorosa de Jesús.

Sin embargo, los actos de violencia, de injusticia, el relativismo del todo vale, la increencia del vivir sin Dios y el individualismo ambiental que en ocasiones nos acecha, provocan en nosotros miedos, desalientos y desesperanzas. Cuando esto sucede, no vemos salidas y preferimos encerrarnos en nosotros mismos y olvidarnos del gran asunto de Jesús. Entonces es cuando Él irrumpe en nuestro interior, traspasa las puertas del corazón e ilumina el entendimiento para que comprendamos que no nos ha abandonado. Él sigue presente en la vida del creyente y en el seno de la comunidad. Sigue actuando a través de muchas personas y organizaciones que se comprometen para seguir luchando contra todas las formas de pecado que deshumanizan y alienan al ser humano. El Espíritu de Dios sigue actuando en la historia aunque aparentemente no lo percibamos. No es necesario hacer tanta bulla para decir que el Espíritu está actuando. Muchas veces no lo sentimos porque actúa en forma muy sencilla a través de gestos que pueden pasar desapercibidos.

¿Qué signos de la presencia dinamizadora del Espíritu de Dios podemos percibir en nuestra vida personal, familiar y comunitaria? ¿Conocemos personas que actúan bajo la acción del Espíritu? ¿Por qué? ¿Qué podemos hacer para descubrir y potenciar los dones y ministerios que el Espíritu sigue suscitando en personas y comunidades?

En esta Eucaristía de Pentecostés hagámonos receptivos a la acción del Espíritu. Es hoy cuando Jesús nos dice a nosotros, a toda la Iglesia y, este domingo, especialmente a los laicos lo que decía a los Apóstoles aquella tarde de la Resurrección: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo... Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados...» Pero, solamente el Espíritu Santo nos puede dar entendimiento y motivación suficientes para animarnos a una conversión evangélica personal y comunitaria, y para discernir y tener el valor suficiente para recorrer los caminos de una verdadera evangelización. Digamos con fe lo que San Antonio M^a Claret dijo con su vida con las palabras del profeta Isaías: El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para anunciar la Buena Nueva... ¡Feliz fiesta de Pentecostés!



Equipo de Formación de Agentes Laicos – Bética
Equipo Laicos Familia-Santiago